

## CAPITULO XVIII

## Literatura profana.

Las ciudades libres de los bárbaros cultivaban todavía las bellas letras. En tiempo de Justiniano se explicaban en Atenas públicamente las obras de Aristóteles ó Platon, en tanto que gramáticos y retóricos vendían en esta ciudad sus lecciones de elocuencia y filosofía, y allí iba á perfeccionarse todo el que aspiraba al dictado de hombre culto. La juventud viva y bulliciosa se dividía en bandos, cada cual defendiendo á sus respectivos maestros, sosteniéndolos en sus luchas y en sus triunfos; y los Santos Basilio y Gregorio se educaron allí juntamente con Juliano el Apóstata. Berito florecía por sus escuelas de jurisprudencia; Edesa por las de gramática, retórica, filosofía y medicina, adonde acudían los jóvenes de las provincias orientales por la facilidad que les daba para sus estudios el uso que allí se hacía de las lenguas griega y siríaca. Antioquía, ciudad del lujo y de la disipación, extremada en la voluptuosidad y en la austeridad, hormigueaba de anacoretas en sus contornos, mientras en su interior bullían ingeniosos holgazanes, que motejaban con sus burlas á filósofos y reyes. Allí todas las sectas disputaban sin combatir: Libano componía tranquilamente elogio del Apóstata y se lisonjaba con el restablecimiento de la idolatría; y San Juan Crisóstomo tenía que hacer poner toldos para librar del sol á la mul-

titud que encantada escuchaba su fogosa palabra, anunciadora de más sinceras esperanzas.

Ménos tolerante Alejandría, mezcla rarísima de estudio y de agitación, veía á sus activos habitantes tomar parte en las contiendas de los ascetas; y á los judíos, católicos, donatistas y adoradores de Serápis, buscarse con dardos, espadas y hachas, é invocar ó rechazar la persecución de los poderosos. Teodosio, ordenando la destrucción del templo de Serápis, hizo que se perdiera la famosa biblioteca.

Constantinopla, centro de la religión y del dominio oriental, daba acogida á los más ilustres ingenios, como á todas las sectas, las cuales ambicionando un apoyo para sus vacilantes creencias iban á solicitar el favor de la corte con artificios no siempre laudables. Constantino protegió las letras, eximió de cargas á los médicos, gramáticos, profesores de bellas artes y doctores de las leyes, juntamente con sus mujeres, hijos y sus casas, y les aseguró los sueldos (1); leyes que fueron renovadas después por sus sucesores. Estableció en su ciudad una escuela que se asemejaba á nuestras universidades, la cual ocupaba un edificio octágono, en que quince profesores ecuménicos, esto es, universales, estaban dirigidos por un

(1) *Cod. Justin.*, X, 52, VI.

gran maestro, el cual conservaba también los archivos eclesiásticos y la biblioteca, que estaba unida á ellos. Juliano aumentó esta biblioteca con la suya; luego Valente agregó á ella siete anticuarios, para que copiasen las obras; de suerte que en ciento cincuenta años se aumentó hasta ciento veinte mil volúmenes. En tiempo de Basilio se quemó un ala del octágono, consumiéndose muchos libros, entre ellos los cuarenta cantos de Homero, escritos con letras de oro en el intestino de una culebra de ciento veinte piés de larga, y últimamente fué entregada toda la biblioteca á las llamas por el fanatismo iconoclasta de Leon Isaurico.

Los profesores del octágono que gozaban de grande reputación, eran á menudo consultados por los emperadores; pero como en todas las universidades, los miembros de ésta tendían á conservar lo pasado y á rechazar lo nuevo, é introducían libros en los cuales pretendían se tuviese una fe ciega.

Roma cristiana, en un siglo tan fecundo, no produjo siquiera un grande escritor, atendiendo más que á otra cosa á afirmar su dominio, decidir las controversias entre rivales y dar acogida á la verdad, perseguida en otras partes. San Agustín fué llamado á África para enseñar elocuencia en esta ciudad; para hacer el panegírico de Teodosio se llamó á un retórico de las Galias, y Macrobio vino también del Egipto. La traslación de la capital á Constantinopla había difundido por el Oriente la lengua latina de tal modo que el mejor poeta de entonces, Claudiano, procedía de Egipto; de Antioquía el mejor historiador, Amiano Marcelino, y de Siria Iquerio, educado en Grecia y reputado por el mejor retórico. Habiendo gran carestía de víveres, se mandó salir de Roma á los forasteros; y los pocos literatos que allí había fueron expulsados para conservar tres mil bailarinas, otras tantas cantatrices y sus maestros y coros y turba de secuaces.

No faltaban, sin embargo, escuelas, y San Jerónimo se ejercitaba en ellas cuando niño en declamar, y en fingidos litigios se adiestraba para los verdaderos; yendo después á los tribunales, se oía á elocuentes oradores disputar

uno contra otro hasta llenarse de injurias y morderse (1). Valentiniano dictó providencias respecto de aquellos que venían á estudiar á Roma; debían traer de su patria certificaciones; y cuando llegaban, decir dónde vivían y qué estudios emprendían; no debían andar en malas compañías ni en espectáculos; de lo contrario eran echados á palos (2).

No había amansado el cristianismo la natural ferocidad de los africanos; sus pertinaces disensiones llegaban hasta la efusión de sangre; las herejías hasta el latrocinio y el suicidio, y la devoción desordenada se abandonaba á la embriaguez durante el sacrificio y en los altares. En Cartago particularmente se hacía gala de varonil vigor en el vicio, y una turba de afeminados en trajes de mujeres pedía por las calles el precio de la contaminación.

La Galia había crecido en civilización; Marsella, Arlés, Narbona, Viena, Tolosa, Burdeos

(1) *Comm. in ep. ad Galat.*, c. 2.

(2) «Quicumque od Urbem discendi cupiditati veniunt, primitus ad magistrum census provincialium udieum, à quibus copia est danda veniendi, ejusmodi jllitteras proferant, ut oppida nominum et natales e merita expressa teneantur. Deinde ut primo statim profiteantur introitu, quibus potissimum studiis operam navare proponant. Tertio, ut nospitia eorum sollicitate censualem norit officium, quo et rei impertiant curam, quam se adseruerint expetisse. Idem iuniceant censuales, ut singuli eorum tales se in conventibus præbeant, quares esse debent, qui turpem inhonestamque famam et consociationes (quas proximas putamus esse criminibus) æstiment fugiendas, neve spectacula frequentius adeant, aut adpetunt vulgo intempestiva convivium. Quin etiam tribuimus potestatem, ut si quis de his non ita in urbes gesserit, quemadmodum liberalium dignitas poscat, publice verberibus adfectus, statimque navigio superpositus, abjiciatur Urbe, domumque redeat. His sane qui sedulam operam professionibus navant, usque ad vigesimum ætatis sue annum Romæ licet commorari. Post id vero tempus, qui negligit sponte remeare, sollicitudine Præfecturæ etiam impurius ad patriam revertatur. Verum ne hæc perfuntorie fortasse curentur, præcelsa sinceritas tua officium censuale commoneat, ut per singulos menses, qui, vel unde veniant, quive sint, pro ratione temporis ad Africam ved ad cæteras provincias remittendi brevibus comprehendat, his lumtaxat exceptis, qui corporatorum sunt oneribus adjuncti. Similes autem breves etiam ad scriinia mansuetudinibus nostræ annis singulis dirigantur; quo, meritis singulorum, instutionibusque compertis, utrum quæque nobis sint necessaria judicemus. Dat. III. Id. Mart. Triv. Valentiniano et Valente, III. A. Cois.





y Clermont tenían escuelas de filosofía y de jurisprudencia, pero principalmente de gramática y retórica, de donde iban á Roma sofistas ingeniosos y declamadores en prosa y verso, espías en el siglo precedente, y en éste panegiristas.

La ley de Graciano, que estableció escuelas en las primeras ciudades de la Galia, no habla más que de maestros de retórica y de gramática, aunque distinguiendo los de gramática latina y los de griega (*attica*). Que era mayor el número de los profesores de retórica, lo prueba el estarles asignadas raciones en vez de sueldo (1); pero los de gramática no enseñaban meramente los elementos de la lengua, sino todas las ciencias filológicas (2), sin que nadie pensase en las que más contribuyen á formar al hombre y al ciudadano. Los profesores iban de ciudad en ciudad al olor de los mejores sueldos, y traficando en versos, panegíricos, cumplimientos y cuestiones, no se cuidaban del imperio que caía ni del cristianismo que se levantaba.

Las escuelas eran semillero de mal gusto, enseñándose en ellas á suplir los pensamientos con un énfasis cada vez más exagerado y con figuras acumuladas para la perfección del estilo. Otra doctrina aprendían los que se dedicaban á la ciencia de Dios y á las cuestiones morales y teológicas; sin embargo, como reflexiona Fauriel (3), es singular el contraste que forman, en la literatura galo-romana del

(1) A los primeros 24 raciones diarias, á los demás sólo la mitad. El uso de fijar los sueldos por raciones era general, y el fisco las tomaba otra vez á un precio determinado. El precio de que hemos hablado era para las escuelas municipales; en las imperiales de Tréveris los retóricos tenían 30 raciones, 20 un gramático y 12 un griego.

(2) Esto lo prueban los versos de Ausonio en honor de un gramático de Burdeos:

*Quod jus pontificum, quo fœdera, stemma quod olim  
Ante Numam fuerat sacris Curibus,  
Quod Castor cunctis de regibus ambiguis, quod  
Conjugis et libris ediderat Rhodopha;  
Quod jus pontificum, veterum quae scita Quiritum,  
Quae consulta patrum, quid Draco, quidve Solon  
Sanzerit, et Looris dederat quae jure Zaleucus,  
Sub Jove quae Mimos, quid Themis, ante Jovem,  
Nota tibi.*

De profess, c. 22.

(3) *Hist. de la Gaule méridionale sous la domination des conquérants Germains*, Paris, 1837, t. I, p. 419.

siglo V, el fondo y las formas, las ideas y el estilo: aquéllas, graves é interesantes como expresión de los hombres y del tiempo á que pertenecen; éste, afectado y rebuscado, como si el autor, al dedicar su fantasía á la investigación de ingeniosas combinaciones de palabras y de frases, temiese á cada paso no encontrarlas bastante nuevas, picantes, forzadas y falsas. Si se ve obligado á usar la palabra propia, inmediatamente procura realzarla, darle los visos de nueva con un giro de la frase, que llame tanto la atención como excite maravilla.

Si se compara el estilo hinchado y las antítesis y otros adornos afectados de Séneca y Lucano con el de muchos escritores españoles modernos, se inclina uno á creer que algo indígena llevaron aquéllos desde su país á Roma, donde despues tanto ellos como los africanos y galos, usando una lengua que no era la suya, debieron casi por fuerza caer en la exageración y en la pedantería.

Hemos dicho que no era la suya, porque, aunque se repita que el latín había llegado á ser universal, no es esto decir que verdaderamente se hablase por el vulgo. Las escuelas, las magistraturas, los contratos y los libros no usaban tal vez otra lengua; pero el pueblo conservaba la antigua, así como en Francia se puede llamar lengua universal la de París, sin que obste para que se hablen el provenzal, el alsaciano y el breton. Aun donde se hablaba el latín, debían mezclarse con esta lengua elementos extraños, atendida la extensión del territorio en que dominaba. Más diré: en Italia, aun en el mismo Lacio, la lengua hablada era diferente de la escrita, y quizá el romano rústico no se asemejaba al latín de Cicerón más que se asemeja á los dialectos italianos actuales la lengua en que escribimos. Pero de esto hablamos en otra parte.

Deteriorándose la cultura y aumentándose la mezcolanza, volvió á prevalecer el elemento popular; lo que era imitación y arte, fué reemplazado por lo espontáneo é inculco; y los romanos mismos tuvieron despues gran trabajo para conservar la aristocrática pureza de la expresión. No debemos dejar de notar, sin em-



bargo, que, mientras la lengua aparecía tan tosca en escritores como Macrobio ó Apuleyo, porque separaban el lenguaje práctico del literario, el buen sentido y la gravedad de los legistas sostenían todavía la varonil sencillez del latín contra el lujo corruptor de los retóricos, y pasó mucho tiempo ántes de que se llegase á las afectadas y revesadas decisiones del código Teodosiano.

La Biblia rejuveneció la literatura. Aquella sencillez de exposición enseñó una poesía más franca, y á tratar los puntos más elevados, sin las abstracciones metafísicas, en que caen los orientales y hasta los griegos cuando la mente dirige la contemplación sobre sí misma. La Biblia habla siempre por medio de símbolos é imágenes, como si la fantasía hubiese tomado este camino cuando la religión le prohibía la representación pictórica. En este libro se aprendió á expresar las ideas por imágenes vivas, y por él comenzaron las invenciones simbólicas con que se enriqueció la Edad Media. Muchas razones, y no literarias, impidieron los frutos de estas invenciones; pero en cambio, mientras por la trasfusión de la lengua cristiana se trastornaba el latín clásico, nació de aquí uno nuevo, que fué despues la lengua común de los filósofos, y duró hasta que volvió á levantarse el latín ciceroniano.

Entre los retóricos y gramáticos, abundantes como de costumbre en épocas de decadencia, harémos mención de Servio, que al comentar á Virgilio se valió de muchas tradiciones, despues perdidas; de Atico Tiron Delfidio, que tuvo en la Galia fama como poeta, abogado y maestro; de Donato, preceptor de San Jerónimo en Roma, que escribió acerca de Terencio ciertos comentarios, de los cuales acaso son un inexacto compendio los que hoy poseemos; trató también del barbarismo, del solecismo, de las figuras y de los tropos, además de los rudimentos de la gramática, que fueron un modelo para los posteriores (1). Otro Donato escribió la vida de Virgilio, que fué quizá una in-

(1) «Ars sive editio prima de litteris, syllabisque pedibus et tonis.—Editio secunda, de octo partibus orationis.» Lo que nos queda es un compendio.

troducción á un comentario sobre las *Bucolicas*, que se ha perdido, y escollos cuyo objeto era manifestar las bellezas de la *Eneida*.

Monio Marcelo de Tivoli, contemporáneo de Constancio, trató de la propiedad de las palabras latinas; obra pedantesca, que nos transmitió, sin embargo, muchos pasajes antiguos. Sexto Pomponio Festo compendió una obra de Valerio Flaco, contemporáneo de Augusto, sobre la significación de las palabras; trabajo compendiado á su vez por Pablo Diácono en tiempo de Carlo-Magno, del cual sólo se ha conservado una parte. De Sosipatro Carisio nos quedan cinco libros de observaciones gramaticales, y otros de Diómédes. Son posteriores á éstos Fabio Furio, Planciades y Fulgencio, al parecer africano, que dejó una interpretación de voces antiguas, tres libros de *mitología* y uno titulado: *De la continencia virgiliana*, esto es, de las cosas contenidas en Virgilio; título que ya manifiesta la bárbara insulsez de este pedante, que se comprende á duras penas, y que, comprendido, se desprecia (1).

El último retórico antiguo, Arusiano Messo, escribió un catálogo por orden alfabético con frases y locuciones usadas por los clásicos (2).

Desde el hinchado Plinio hasta Constantino, apenas se halla uno que aspire al título de orador, que era la ambición del romano. Calpurnio Flaco, en tiempo de los Antoninos, del mismo modo que hizo Marco Séneca con los retóricos antiguos, reunió unas *declamaciones de los diez retóricos menores* sobre asuntos imaginarios, conpoco arte, ménos elegancia y ninguna espontaneidad.

Llamaban los griegos *Panygiris* á ciertas reuniones, en las cuales se invitaba á oír di-

(1) Hizo una elegante edición de él Agustín Van Stevern en Leiden en 1742; y para modelo véase el primer período: «Quam vis inefficax petat studium res, quae earet effectu ut ubi emolumentum dees, negotii causas casset inquiri, hoc videlicet pacto, quia nostri temporis ærumnosa miseria non dicenti petos studium, sed vivendi flet ergastulum, net famae adstantium poetice, sed fami sit consulendum domesticæ...»

(2) «Quadrige sive exempla elocutionum ex Virgilio, Salustio, Terentio, Cicerone, per litteras digesta.» Quedó inédito.





sertaciones sobre cualquier asunto (1); y como los oradores, por seguir la moda de adular, se proponían comunmente el elogio de un dios, de un héroe, de una ciudad, la voz panegírico vino á significar lo mismo que encomio. Parece que fué desconocido de los romanos republicanos, y se divulgó cuando desaparecieron las demás ocasiones de ostentar la elocuencia. El primero de que se hace memoria es el de Plinio; y si por acaso desagradó á los sucesores de Trajano esta vileza de los elogios en su presencia, renació al introducirse el fausto oriental. Nos quedan doce de ellos, desgraciadas imitaciones de no felices modelos, y son acciones de gracias y adulaciones recitadas á los augustos en nombre de las provincias por los más elocuentes. Por una casualidad, todos los que nos han sido conservados en latín están escritos por los galos (2); tienden á la hinchazón, y hacen consistir el arte en decir extensa y adornadamente lo que podría decirse con brevedad y sencillez.

Simaco parece que se propuso como modelo en la vida y escritos á Plinio Cecilio; en sus días pareció un portento, y fué ensalzado á porfía por Macrobio, Amiano y Libanio; aun

(1) παν todo, y αγορά union. De este género son la Parenética de Isócrates y su panegírico, en que á lo ménos fué afortunado en la eleccion del asunto.

(2) Claudio Mamertino pronunció uno en Tréveris, el 20 de Abril de 292, aniversario de la fundacion de Roma, en alabanza de Maximiano Hercúleo, y un genético celebrando el día de su natalicio. Eumenio, natural y profesor de Autum, y compañero de Cloro, como secretario en sus expediciones militares, nos dejó cuatro, uno con ocasion de abrirse las escuelas de elocuencia de Autum, otro pronunciado en Tréveris en elogio de Cloro, y el tercero y cuarto delante de Constantino. Nazario, profesor de Burdeos, escribió uno para el natalicio de los Césares Crispo y Constantino; Claudio Mamertino Menor otro para dar gracias á Juliano, que le habia nombrado cónsul; Latino Pacato Drepano, aquitano, para celebrar con Teodosio la victoria sobre Máximo, citado por los contemporáneos con elogios, no desmentidos por lo que conocemos; Coripo á Justino el Joven, en verso; Magno Félix Ennodio, diácono y despues obispo, elogió al rey Teodorico. No conocemos los nombres de los demás.

(2) O linguam miro verborum fonte fluentem,  
Romani decus eloquii, cui cedat et ipso  
Tullius: has fundit dives fecundia gemmas.  
Os dignum, aeterno tinotum quod fulgeat auro  
Si mallet laudare Deum.

Prudencio in Symm. lib. I.

Prudencio, al refutarle, le hace superior á Ciceron (1), y dice que ninguno con más elocuencia que él se alegra, truena y se hincha con el aura de las palabras. Algunos trozos suyos que han llegado á nuestros días (1) demuestran en el alabadosísimo orador los desastres sufridos por la elocuencia, no sólo comparado con Ciceron, sino hasta con Fronton; estima á los antiguos; pero, frenético por el esplendor poético, se pierde en metáforas licenciosas y en juegos de ingenio, más ambicioso del aplauso que correcto admirador de la belleza. Nada dirémos sobre sus nauseabundas adulaciones (2). Su hijo recogió en diez libros sin orden cronológico sus cartas, que no son inútiles á la historia; y el que las compare con las de Ciceron, y despues con las de Plinio, conocerá la creciente degradacion de la sencillez republicana en las fórmulas serviles. Ya hemos visto cuánto trabajó en favor del paganismo.

Mario Victorino, africano, mereció una estatua en el Foro Trajano por su elocuencia, y fué exceptuado por Juliano Apóstata de la prohibicion que impuso á los cristianos de enseñar las bellas letras; pero ni esto ni los encomios de San Agustín y San Jerónimo hacen que sus obras dejen de aparecer oscuras é incultas, además de su pobreza de doctrina cuando entra en materias de fe.

(1) *Symmachi orationum partes... curante.* Angel Mal. Roma, 1823.

(2) Dice á Valentiniano, cuando asoció á Valente al imperio: «Si qua inter cognatas coelium potestates hujusmodi esset æquatio: paribus cum sole luminibus globus sororis arderet; nec radiis fratris obnoxia, precarium raperet luna fulgorem, iisdem curculis utrumque sidus emergeret, pari exortu diem germana renovaret per easdem coeli lineas laboraret; nec menstruo p'gra discursu aut in senescendo varias mulctaret effigies, aut in renascendo parvas pateretur ætates. Ecce formam beneficii tui astra nesciunt æmulari: illis nihil est in mundana luce consimile, vobis totum est in orbe commune.»

Con motivo del puente construido sobre el Rhin por el mismo emperador: «Erat nunc carminis auctor inlustris, et pro clade popularium Xantum fingat iratum: armatas cadaveribus undas scriptor decorus educat. Nescivit flumina posse frenari. Tautumne valuit rivus iliacus, ut in auxilium Vulcani flamma peteretur? Profundus didicit, quid parvus evaserit? Defensio ipsa coelestium tuo operi non meretur æquari. Fluvium incendisse vindicta est, calcasse victoria.»



La lengua griega, aunque dividida en varios dialectos, formaba, sin embargo, una sola; así cuando el rey de Persia proponía á los atenienses que se uniesen con él en contra de los demás helenos, respondieron que sería una vergüenza para ellos separarse de los que tenían los mismos dioses, templos y sacrificios, y hablaban la misma lengua (1). Entre los dialectos (que deben distinguirse bien de los que consideramos nosotros como tales) prevalecía en la escritura el ático, por los grandes escritores que le usaron y por la poderosa cultura de los atenienses. Pero los que quisieron usarle sin ser su lengua natal, cayeron en frecuentes impropiedades, por lo cual perdió su pureza con la introduccion de modernos extravíos. La dominacion macedónica habia difundido el griego entre pueblos apartados y diversos, y le habia llevado á florecer en ciudades en que no se hablaba, como Pérgamo y Alejandría, de modo que se alteró tanto como se extendió. Entónces tambien, escritores profundos aceptaron modismos y voces introducidas modernamente en el uso, sobre todo los que trataban de deleitar á la multitud, como Heliodoro, Jenofonte de Efeso y Cariton. Cuando se trasladó la corte á Constantinopla se introdujeron en la lengua griega muchas palabras puramente latinas (2); y otras muchas se introdujeron tambien á consecuencia de las nuevas disputas reanimadas por la escuela alexandrina y el cristianismo. Los predicadores de

(1) Herodoto, I.

(2) En una moneda de los efesios con el busto de Máximo César, se lee ΒΩΤΑ por vota; Plutarco dice que Ciceron nació ημέρα τρίτη των νεων κλανδων. Tenemos una obra de Constantino Porfirogénito sobre las ceremonias de la corte de Constantinopla, en que se encuentran las aclamaciones que se usaban en el banquete imperial, introducidas, á no dudarlo, en los principios del imperio. Cuando el emperador ocupa su puesto, cinco Βαχαιες (vocales, cantores), dicen: *Conserve Deum imperium vestrum*; despues añade el quinto: *Bona tua semper*; el cuarto, *Victor sis semper*; el tercero, *Multos annos victorem te faciat Deus*; el segundo, *Victor semper eris*; el primero, *Deus præstet*, etc. Estos cumplimientos están en letra griega, V. De cærem aule Byz I, 75. Tambien hallamos οφρακιαι; του παλατιου: ιερη βαλβαποπιλη φορε (rem salvam pupilli fore) αρματα por tropas, σαλβα por vigilia, y así otros muchos.

éste, dirigiéndose á la multitud más que á los literatos, tuvieron que acercarse al lenguaje del vulgo; por lo que San Pablo decia que escribía en estilo vulgar, y en el Evangelio resaltan voces desusadas por los mejores escritores (1) y frases de aire extranjero. Tampoco se cuidaron los Santos Padres de conservar la pureza ática; de lo cual se excusa San Basilio diciendo que hablaba muy á menudo con Moises, Elías y otros profetas, los cuales le hablaban con verdadero sentimiento, pero con palabras descuidadas. Sin embargo, debe ser colocado entre los mejores, especialmente comparándole con los escritos de los monjes, que vivían solitarios en los desiertos de la Libia, ó en la Siria y la Tracia.

Principió, pues, entónces la decadencia de la lengua más hermosa que han hablado los occidentales, y que por más tiempo se habia conservado floreciente; lengua tan musical en la melodía, tan abundante en inflexiones, tan delicada en la gradacion de los verbos, tan lógica y clara en la sintaxis y tan rica en la composicion de las palabras. Debilitada, pero no desnaturalizada, fué transformándose en el griego moderno, miéntras se conservó la parte más pura en los himnos y en las salmodias al traves de tantos contratiempos, para poder cantar los fastos de la nacion regenerada.

En tiempo de los primeros emperadores bizantinos fué usada dignamente por algunos escritores profanos. Poseemos varias disertaciones de Ulpiano de Antioquia en Siria, contemporáneo de Constantino. Imerio de Prusias compuso más de setenta y cinco discursos, é iba predicándolos por las ciudades de Grecia, recogiendo aplausos y las gracias del emperador Juliano; pero están escritos en estilo enfático, sobrecargados de erudicion, y desnudos de interes y de energía. Juliano hizo la misma excepcion que con Victorino á favor de Procrasio, antecesor de Imerio en la cátedra de Atenas; pero aquél no quiso separar su suerte de la de sus colegas; y si hemos de creer á Eunapio, Roma le levantó una estatua con es-

(1) Γυρος, οφωνειον, κραβατος, αποκεραλδεις, ευχαριστην, etc., etc.